

Quisieron hablar protestando ó haciendo observaciones pero Cruz inflexible se llevó un dedo á los labios y repitió con voz solemne:

—Silencio, yo soy el que mando aquí y así lo dispongo.

Margarita al salir Cruz cayó desmayada en los brazos de Leonora.

CAPITULO XXII

LOS VIVERES.

El sitio que se puso á Cuautla en la segunda vez fué tan bien ordenado, que los insurgentes casi no veían enemigo sobre el cual dirigir los fuegos de su artillería para entorpecer los trabajos de aproximación, pues Calleja había dispuesto que las obras mas importantes, se hicieran por la noche, de modo que cuando amanecía aparecían ya los españoles cubiertos con una cortina de piedras y costales rellenos de tierra, los cuales acercaban por las barrancas, caminos cubiertos y demás sinuosidades del terreno, que les favorecían admirablemente. De este modo Calleja pudo establecer el cerco con muy pocas pérdidas en su gente, siendo por entonoos el mayor número de combates por la noche, que era cuando salían los independientes á estorbar los trabajos de los realis-

tas. En esas noches hubo una multitud de combates cuerpo á cuerpo en que no jugaban los cañones y muchas veces ni los fusiles.

El día 10 de Marzo, que ya estaba puesto el cerco en toda forma y fortificados por los sitiadores los puntos de Amelcingo, Zacatepec, Cuahuixtla y Buenavista, colocadas las baterías á menos de tiro de fusil y el cuartel general de Calleja á una prudente distancia en que no podia ser ofendido, se rompió el fuego con una bomba de á placa lanzada por elevación y dirigida, según pareció á todos, á la misma casa de Morelos, cuyo proyectil fué á embotarse en los montones de basura de los corrales, sin que respondiera la segunda detonación que unos y otros estuvieron esperando con ansiedad. Encolerizados los españoles porque no había hecho explosion la bomba como deseaban, comenzaron á dirigir en todas direcciones una verdadera lluvia de bombas, granadas, balas rasas, metralla y fuego de fusilería, haciendo tal ruido que, según la expresion de Bustamante, parecia aquello el día del juicio.

Horrible fué la sorpresa que esto produjo en los vecinos, particularmente las bombas lanzadas por elevación que no eran allí conocidas y que por el estallido del mortero, por el fuerte silbido que iba haciendo la mecha y porque cuando reventaban solian derribar techos y paredes, estremeciendo el piso entero de la poblacion, causaban grandes terrores; pero Morelos, que pudo observar este pánico que no le tenia cuenta, porque podia trasmitirse á sus soldados, trató de

combatirlo con la burla que siempre es una arma que influye mucho en el amor propio de las gentes. Comenzó Morelos por reirse á carcajadas de las personas que hacian algun extremo cuando era lanzada alguna bomba ó granada y luego con ir personalmente á apagar las espoletas que se quedaban ardiendo, para demostrarles á los que lo veian que no eran aquellos proyectiles unos enemigos tan temibles y que fácilmente podian ser inutilizadas apagándolas á tiempo ó hacer insignificantes sus efectos, dejándose caer en tierra y adhiriendo el cuerpo al pavimento todo lo posible. Con estos ejemplos logró que las gentes fueran perdiendo el miedo á las bombas y luego ideó otro recurso que le produjo muchos mejores resultados, y fué el de reunir á un gran número de muchachos á los que ofreció pagarles á un peso cada bomba que le presentaran intacta, á cuatro reales las granadas de cualquier tamaño que fuera y á medio real la docena de balas de fusil ó de metralla, con cuyo ingenioso medio se arbitró una gran cantidad de municiones, haciendo que se perdiera todo temor completamente en la ciudad á las armas de fuego de los españoles, que era en donde aquellos tenian el secreto de su fuerza. Así en lo sucesivo cuando era lanzada una bomba á la plaza, se le repicaba en las torres, y en las calles era recibida con una gran gritería, principalmente si llegaba á cebarse. En estos casos se tocaban algunos sones ridículos con las músicas y á cual mas se lucía en la burla que inventaba contra los disparos de los españoles.

Estaba Morelos dirigiendo en persona un fuerte para impedir los perjuicios que causaban los fuegos de Zacatepec, que cuando estuvo concluido se llamó fuerte de San Fernando, y llovian allí las balas de tal manera que, mas bien parecia una granizada, ocurriéndosele con ese motivo tratar allí un negocio reservado de que nadie debía apercibirse y mandó llamar con ese objeto á su querido coronel Larios, gefe valiente y que en varias ocasiones se habia manejado no solo con brio sino con destreza y serenidad y en quien confiaba mucho el caudillo para ciertas empresas arriesgadas que se le presentaran.

El coronel Larios no pudo llegar al punto en donde estaba Morelos dirigiendo los trabajos frente á las líneas enemigas, sin que fuera herido cinco veces su caballo, ni sin que él dejara de sufrir algunas rosaduras de bala en los brazos y en el vestido, pues el método que estaba siguiendo Calleja era despachar en cada cuarto de hora una bomba, cuatro granadas, quince balas rasas de cañon y sin interrupcion el fuego de fusileria, queriendo mas que otra cosa por entonces meter miedo á los defensores de la plaza que habian de ponerse á pensar que la hora del asalto seria terrible. En cambio Morelos habia ordenado que no se contestaran esos fuegos sino en casos muy precisos, cuando se presentara al descubierto una columna y fuera necesario apagar los fuegos de una bateria que estuviera haciendo mucho daño.

Así fué como un cañon de tres subido á la bóveda de Santo Domingo obligó á Calleja á quitar de Za-

catepec un mortero que estaba haciendo gran daño á la casa de Morelos, trasladándolo á la bateria de Cuahuixtla desde donde ya no pudo seguir haciendo ningun disparo que fuera certero.

—Amigo mio, dijo el cura al coronel Larios tendiéndole la mano, dispéñeme si le he dado mal rato haciéndole venir aquí entre tantas balas; pero me urge tratar con usted un negocio importante.

—No me dé explicaciones, mi general, se lo ruego, contestó Larios, pues que yo estoy en el deber estricto de hacer cuanto me mande, aunque me vaya en ello la vida. Ahora solo mi caballo que ha recibido algunos balazos, será el que muera.

—Pero usted tiene tambien sangre en el brazo, Larios, exclamó Morelos con la más viva afliccion pintada en el semblante.

—Rasguños, pequeñas rosaduras, contestó el valiente Larios con desenfado.

Morelos se quedó viéndole un momento con ternura, como si tuviera delante de sí á su propio hijo, le dió un abrazo muy estrecho y muy espresivo, y luego llevándose a la parte del malecon que estaba construida y por consiguiente abrigada contra los fuegos enemigos, le hizo sentar en uno de los dos bancos de madera que estaban allí colocados, se sentó él en otro y le habló de esta manera:

—Coronel Larios, á usted es al único hombre que puedo hacer una confesion vergonzosa, sí, no puedo retirar la palabra por mas que á usted le repugne que yo la diga, pues que un gefe de una plaza debe pre-

veer siempre las consecuencias de cualquiera medida que adopte. Yo dispuse que defendiéramos esta plaza y debí proveerla de todo lo necesario para un sitio lo mismo fuera corto que muy prolongado.

—Cómo! exclamó Larios con cierta zozobra.

—Nos faltan los víveres, dijo Morelos á media voz, pero manifestando tal desagrado contra sí mismo, que Larios se apresuró á replicarle:

—Tal vez, mi general, ve veusencia las cosas mas negras de lo que son.....

—No, amigo, mio, he padecido un error de los mas graves, creyendo acá en mi interior, que Calleja no nos pondria un cerco en toda forma. Lo que yo pensé por razones que consideré muy poderosas, como la estacion próxima de las aguas, fué que las mejores tropas realistas no podrian estar perdiendo aquí el tiempo dando lugar á que la revolucion se robusteciera por otras partes; y sobre todo, el carácter arrebatado de ese gefe español me hizo sospechar que en caso de volver á Cuautla seria para darnos una carga cerrada en tres ó cuatro dias, lanzando á la vez sus mas fuertes columnas para aniquilarnos con el peso de su fuerza y de sus cañones; pero lo que menos pude figurarme, es lo que está pasando, y por eso es que me acuso de imprevision.

—Sin embargo, creo que vuesaencia exagera mucho nuestra situacion, pues en realidad no han llegado á faltarnos las raciones.

—Pero comenzarán á faltarnos desde mañana. Hoy se ha matado la última res, y para que no echaran de

menos la carne los demas, pues apenas habia raciones para trescientos hombres, he mandado que se mataran algunas mulas y caballos. Mañana se repartirán tambien las últimas semillas y..... crea usted, mi buen Larios, que no temo en una décima parte las bombas y balas de Calleja, como á los estragos que pueda hacer el hambre entre nosotros.

—Entonces se necesita, pues, tomar violentamente una determinacion.....

—La he tomado ya, y para eso lo he mandado el vir aquí mismo, porque los momentos son supremos.

—Espero sus superiores órdenes, mi general.

—D. Leonardo Bravo me avisa que ha logrado reunir cerca de mil hombres como fuerzas de socorro para esta plaza y que con ellas viene aproximándose por el Sur para hacer alto en donde se le ordene. Inmediatamente le previne, que lo principal que habia que hacer era procurar traernos víveres; pero para el caso me parecen pocos mil hombres, y he calculado, además, que se necesita vayan con él gentes más conocedoras del terreno.

—Comprendo, señor, vuesaencia quiere que vaya yo que conozco la^a disposicion que tienen nuestras fuerzas y las del enemigo á meter el convoy, que ha de venir custodiando D. Leonardo.

—Lo que yo quiero, dijo Morelos animándose, es que esta misma noche salga Vd. con su division á incorporarse á Bravo para que, si es posible, antes de tres dias combinen la manera de traerme de comer.

—Está bien, dijo Larios levantándose y haciendo

además una profunda inclinación de cabeza, ya obedezco las órdenes de mi jefe; y ahora en lo particular me permito decir al amigo que sacar de aquí mi división es tanto como debilitar la plaza y hacer más fácil el acceso de Calleja.

Morelos se sonrió y se apresuró á responder:

—Ya quisiera yo que pudieran salir todas las demás divisiones, pues esas menos gentes tendría aquí que me pidieran mañana de comer.

—Es verdad, murmuró Larios. Su excelencia está en todo.

Y por donde había llegado al fuerte en construcción, se volvió Larios, no sin que le silbaran en los oídos miles de balas realistas y no sin que Morelos lo siguiera con la vista, rezando fervorosamente por que no lo tocara ninguna.

La salida de Larios con su división del recinto fortificado llevando como unos mil hombres de las tres armas, se verificó aquella noche con toda felicidad, al día siguiente se reunió con Bravo y al tercer día se emboscaron ambos jefes con sus tropas en el punto llamado *Los Cedritos* para atacar un convoy de víveres y municiones para Calleja que venía custodiando el brigadier español Armijo con cosa de unos cuatrocientos hombres.

Las prevenciones de Larios y Bravo á sus soldados fueron primeramente conservar un grandísimo silencio para que no fuera descubierta la emboscada, y luego que entrara Armijo al desfiladero lanzarse á una señal convenida sobre sus tropas sin hacer caso

del convoy, puesto que para ser conquistado este necesitaba primero destruirse al enemigo. Por torpeza ó por traición empezaron á hacer fuego algunos soldados insurgentes cuando el convoy estaba aun muy lejos, se alarmó Armijo, pidió auxilios á Calleja, este le mandó suficiente infantería y caballería y todos los realistas en combinacion cargaron á una sobre las tropas de Larios y Bravo que fácilmente fueron derrotadas, tanto por ocupar una posición sin salida, como por haber sido sorprendidas cuando ellas eran las que querian producir la sorpresa. Calleja dió un parte rumboso de esta derrota de los independientes que en realidad debía producir consecuencias terribles y aun dijo que había muerto Larios en la acción en los momentos en que entraba á la plaza á dar cuenta de su comisión.

Se encontró Larios á Morelos concluyendo su reducto y allí le dió un parte circunstanciado de todo lo que había sucedido.

—¿Cuántos quedarán de la división de Vd.?

—Doscientos con armas que son los que me acompañaron hasta la plaza.

—¿Y á Bravo?

—A Bravo no creo que le haya quedado ninguno porque todos se dispersaron.

—Entonces no hay esperanzas de que nos entren víveres?.....

—Ninguna.

—El caso es que se necesita fortalecer á esta gen-

te, exclamó el valiente cura, y mandó que se repicara y salieron él y Galeana á hacer escaramuzas, y arengó á su gente, y la electrizó, é hizo que todos pelearan ese día con mucho valor, con el gusto con que hubieran tenido en la plaza en el caso de haberse logrado la suspirada introducción del convoy de víveres.

—Pero bien pronto pudo observarse que los pozos no daban el agua necesaria y entonces el conde dependiente mandó á Galeana con una sección de tropas para que desalojara al enemigo de los manantiales y diera al agua su corriente ordinaria.

Galeana cumplió inmediatamente con su comisión como cumplió con todas las que se le daban por mas que fuere hasta temerario emprenderlas, y el agua vino á curar por toda una tarde, pero el enemigo volvió á guarnecerse en los pozos.

CAPITULO XXIII

HAZAÑAS

—Estados prohibidos noche de nuestra mejor En la guerra como en la guerra. El general español conocia á fondo la situacion de la plaza, sabia que lo que mas deseaban los defensores de esta, era que se diese el asalto para que se resolviera el punto en un combate, y lo que hacia era darlos parciales para que fueran agotando sus municiones. Sabia tambien que estaban escasos de víveres y entonces para hacer mas insostenible la situacion, tuvo una idea diabólica que desde luego ordenó poner en planta, y fué la de cortar el agua que entraba á la villa dando otra direccion á la corriente.

Morelos se sonrió y dijo á los vecinos que se habían reunido en la plaza alarmados por aquella medida salvage:

—Nos quedan los pozos.